

LA ÚLTIMA NOTA
DE PUCCINI

María Bastitz

LA ÚLTIMA NOTA
DE PUCCINI

ÁLTERA
EDICIONES

Primera edición: diciembre de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María Bastitz

ISBN: 978-84-123963-4-8

ISBN digital: 978-84-123963-5-5

Depósito legal: M-34702-2021

Ediciones Áltera

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

I

Era una tibia mañana de otoño cuando Gema salió de la casa de sus padres para pasear por Barcelona, ciudad que siempre llevaba en su corazón, aunque a veces se viera eclipsada por el resplandor de Londres, lugar donde residía. Por fin, después de varios meses, podía pisar sus calles, detenerse delante de sus escaparates y emborracharse de su olor mediterráneo.

En el portal tropezó con la portera, que barría la calle y que la miró recelosa y pendiente de si llevaba consigo a su perrita Bimba, pues consideraba que el pedazo de acera que ocupaba la fachada del edificio era su parcela particular, y allí no tenían cabida las mascotas, que siempre se orinaban mientras limpiaba y cada vez le resultaba más difícil no emplear el mocho como arma arrojadiza contra sus dueños. Cuando comprobó que iba sola la saludó con un escueto:

—Buenos días.

En aquellas horas las calles ya empezaban a estar concurridas. Centenares de personas se desplazaban a sus lugares de trabajo. Los autobuses iban llenos a reventar y en los accesos del metro había tanta afluencia que parecía como si una multitud de individuos saliera despedida de las entrañas de la tierra. La gente, con el rostro todavía adormilado, caminaba apresurada, como si la preocupación por sus quehaceres cotidianos

les hubiera impuesto agilizar el paso para estar a salvo cuanto antes del peligro callejero.

Gema levantó los ojos al cielo y comprobó que era uno de esos días de claridad absoluta, los rayos del sol se filtraban a través de los árboles de la Gran Vía y luchaban, con insolente persistencia, para invadir el espacio. Mientras subía por la Rambla de Cataluña, sus ojos curiosos observaban el deterioro de las calles, obra del descuido del Ayuntamiento que gobierna la ciudad, más pendiente de llenar la urbe de carriles para bicicletas y colorear el asfalto, que de preocuparse por el bienestar de sus habitantes. Dobló por la calle Provenza y siguió caminando hasta el Paseo de Gracia. Fue entonces cuando apareció ante sus ojos un edificio de formas ondulantes, que desde niña había llamado su atención y sintió una especie de estremecimiento difícil de explicar que solo podía atribuirse al peso de los recuerdos de su infancia. Aquel imponente macizo rocoso, que con la luz del sol daba la sensación de estar en constante movimiento, seguía enhiesto, como lo había visto toda su vida, haciendo alarde de su magia y su particularidad. Jactándose de poder perpetuarse en el paisaje urbano de Barcelona por los siglos de los siglos. A algunos la fachada les sugería una cantera, a otros las dunas del desierto y a ella las olas del mar, que parecían absorber a los transeúntes. Estaba delante de *La Pedrera*, obra de Antonio Gaudí, tan criticado en su época y ahora tan alabado.

Gema regresó al piso de sus padres en la calle Bruc de Barcelona, alrededor de las nueve de la mañana, recogió a Bimba, su perrita *cocker* color canela. Se zafó del control de la portera, no pasó desapercibida a los ojos de los que por allí andaban, ni tampoco de los del quiosquero de la esquina que, cada vez que se encontraba en la ciudad, contabilizaba todas sus idas y

venidas. Ella le saludó amablemente cuando se paró frente a su quiosco y se hizo con un ejemplar de una revista de moda. Luego cruzó la calle rumbo al Ancestral, «donde la comida y el vino son identidad y cultura», tal como rezaba su tarjeta de presentación, y que era su bar de copas preferido en la derecha del Ensanche. Lo frecuentaba a menudo porque, además de tener una carta de tapas y platos exquisitos, le permitían que Bimba entrara y se acomodara a su lado. Ya en el interior del establecimiento, saludó a Joeri, un belga bromista y simpático, que era uno de los propietarios, con una generosa sonrisa, y este salió de detrás de la barra, se paró frente a ella sin dejar de mirarla fijamente y enseguida se interesó por su estado:

—Bueno... bueno... ¡Cuánto tiempo sin acordarte de nosotros! ¿Cómo te encuentras?

—Bien, pero ya sabes que vivo en Londres y no me puedo desplazar hasta aquí tan a menudo como quisiera. Y a vosotros ¿cómo os va la vida?

—Ya ves, aquí trabajando —luego la volvió a mirar y añadió—: Cada día estás más guapa.

—Muchas gracias.

—Sí, sí, a pesar de que estas ojeras de cansancio —añadió con gesto desdeñoso—, no te favorecen nada —y le recomendó—: Tendrías que dormir más.

—La haré... lo haré. Te lo prometo, pero llegué ayer y todavía no me he recuperado del trasiego del viaje.

—Espero que así sea —luego añadió—: Me gusta tu *look*, es muy casual.

—Ya ves, típicamente inglés, Joeri. Fíjate que hasta llevo gabardina.

—Sí, sí, ya veo que el estilo se contagia. ¿Qué tal por Londres esta vez?

—Como siempre. Mi trabajo en la bolsa no es precisamente ameno. Pero me compensa cuando en mis ratos de ocio doy largos paseos por Hyde Park, que está delante de mi apartamento. Si algo tiene de bueno Londres son sus parques, en particular ahora, en otoño. Me gusta envolverme en el paisaje verde y ocre de su vegetación, pisar la hojarasca húmeda del suelo y observar a las ardillas revolotear a mi alrededor en busca de un pedazo de pan. Perderme por la ciudad, donde cada día descubro rincones que me son desconocidos es otro de mis *hobbys*. Y una de las muchas ventajas de esta ciudad es que puedes encontrar ropa maravillosa y a buen precio fuera del itinerario *vip* de Harrods, Selfridges o Liberty —Joeri asintió con la cabeza. Gema se sentó frente a su mesa preferida, la del rincón, y continuó—: Pero como todo tiene sus inconvenientes y sus ventajas, ahora, después de seis meses respirando el bullicio de una gran urbe y la fragancia de la campiña inglesa, estoy de nuevo en casa donde todo el mundo me mimó y eso se agradece.

Joeri sonrió, sabía que sus padres la extrañaban infinitamente durante sus largas ausencias laborales y le parecía lógico que atendieran todos sus caprichos cuando la tenían cerca.

Luego le preguntó:

—¿Qué quieres tomar?

—Un bocadillo de atún, una agua con gas, y después ya te pediré un café corto —«No son horas para degustar los exquisitos vinos y cervezas del local», pensó—. Sabes que mi tío Arístides, del que tanto te he hablado, ex comisario y ex jefe superior de la Policía, el que más quiero de todos los hermanos de mi madre, que hasta hace poco vivía en Burgos, se ha trasladado a Barcelona, donde vivió y trabajó antes de su jubilación, y se ha instalado aquí mismo, en la calle Bruc, dos porterías más abajo de la casa de mis padres.

—¿Así? —preguntó Joeri sorprendido—. ¿No le gustaba vivir en Burgos?

—Sí, pero ya llevaba tiempo diciendo que echaba de menos el mar.

—Entonces, le comprendo. A mí me pasaba lo mismo cuando vivía en Madrid. ¿Debes estar contenta?

—Ya lo creo... Sabes, es algo mayor que papá pero veinte veces más divertido que él —Joeri pensó que no hacían falta demasiados esmeros para ser más simpático que el señor Molins, padre de la chica, que era un hombre correcto, pero poco sociable—. Por cierto —añadió la joven—, he quedado aquí con él. Suele ser muy puntual. Así que dentro de nada aparecerá y te lo presentaré.

En aquel momento llegaron una pareja de clientes habituales del local que, invariablemente, todas las mañanas se tomaban un café y compartían un *croissant*. Gema ya los había visto en otras ocasiones, pero nunca dejaba de sorprenderle las maniobras que ejecutaban para la partición exacta del bollo, parecía que tuvieran las medidas estudiadas. ¡Qué precisión! ¡Qué simetría tan perfecta!

Y cuando ya tenía en la boca el primer mordisco de su bocadillo de atún, entró por la puerta un individuo de mediana estatura, ligeramente obeso, de aspecto sencillo y mirada simpática. Un fino bigote blanco asomaba debajo de su nariz aguileña.

«A decir verdad —pensó Gema—, mi tío Arístides se ha estropeado mucho en el curso de este último año. Las arrugas surcan su rostro sin piedad. Desde la última vez que estuve en Burgos, y de eso no hace ni ocho meses, no parece el mismo. Debe ser que cuando se pasa de los setenta la gente envejece de manera distinta, despiadada y cruel, diría yo».

Para combatir el aire fresco de la mañana, el hombre tenía puesto un chaquetón azul marino algo gastado, se tapaba el cuello con una bufanda de cuadros igualmente azules, y en la mano llevaba una cartera que, a simple vista, parecía estar repleta de documentos. Saludó con gesto rápido:

—Buenos días —y se fue derecho a la mesa de Gema, mientras se pasaba la mano por su cabello blanco y lacio dejando que el aroma de colonia Floid, que desde tiempos inmemoriales usaba a diario, impregnara el ambiente.

La chica se levantó al instante, le dio un beso en la mejilla, lo cogió del brazo, se acercó a la barra del bar, donde el propietario estaba preparando unos cafés, y le presentó al recién llegado:

—Perdona, Joeri, Cuando puedas... —el joven desatendió por unos momentos la cafetera y se volvió hacia Gema—. Este es mi tío Arístides Martínez, del que tanto te he hablado.

—Es un placer conocerle, señor Martínez —le dijo mientras le tendía la mano y añadía a modo de cumplido—: Tiene usted una sobrina muy guapa y simpática.

—Muchas gracias, muchacho —respondió Arístides complacido.

El dueño del bar le preguntó:

—¿Qué desea tomar, señor?

El ex comisario se lo pensó unos momentos pero al final concluyó:

—Póngame lo mismo que a mi sobrina.

—De acuerdo.

Cuando Joeri se acercó a la mesa para servirle, Arístides se interesó por sus orígenes:

—¿Usted no es de aquí verdad?

—No, señor, soy belga.

—¿De qué zona?

—De Flandes. De un pueblo que se llama Middelkerke, en el distrito de Ostende —le aclaró mientras dejaba los platos.

—¡Ah! Y si no es mucho preguntar, ¿qué le ha traído a Barcelona?

—Cuestiones tan personales... —hizo una pausa, durante la cual Arístides le miraba interrogante pero al hombre parecía costarle revelar su secreto, hasta que por fin soltó—: Como el amor.

—¡Vaya! Amigo mío —respondió el ex comisario—, ni más ni menos que el amor... ese sentimiento imprevisible y tan poco práctico que siempre complica las cosas considerablemente.

—¿Qué quieres decir con «poco práctico»? —intervino Gema agitada.

Arístides se acarició el bigote y volvió a pasar su mano por su lacia cabellera, mientras aclaraba:

—Pues aquí tienes la muestra. El muchacho vivía tranquilamente en Middel...

—En Middelkerke, señor —le rectificó Joeri.

—Eso mismo —prosiguió el ex comisario—, y de repente el amor lo trasladó a Barcelona sin darle tiempo a reaccionar.

—Primero estuve en Madrid —le interrumpió el aludido.

—Para el caso es lo mismo, joven. Le alejó de sus orígenes.

—¿Y qué? —insistió su sobrina—. Enamorarse es dejarse llevar por las emociones... Es una completa explosión de felicidad... No sé cómo explicarlo... una especie de enajenación transitoria.

Arístides, con gesto escéptico, asentía con la cabeza mientras Gema seguía con su diatriba, hasta que de repente aclaró:

—No me cabe la menor duda de que es transitoria, porque si fuera permanente no habría individuo en su sano juicio que pudiera soportarlo.

—Lo que te sucede a ti, tío —replicó de mala gana la muchacha—, es que a estas alturas de la vida, las turbaciones repentinas y descontroladas te producen pánico, mejor dicho, te aterran, y te resistes a que te atrapen para que no te compliquen la existencia.

—Puede que tengas razón, en realidad lo que ocurre es que soy un hombre poco dado a aguantar complicaciones.

Gema arqueó las cejas con resignación, sabía que su tío era un solterón de largo recorrido, y no le cabía la menor duda de que así continuaría hasta el final de sus días. Si una mujer llegara a perturbar la paz de su corazón, sería la primera sorprendida.

El dueño del bar se alejó de la mesa sonriendo, la curiosidad del desconocido, hasta cierto punto le había divertido, mientras que la chica extrañada por la insistencia de Arístides en husmear en las vidas ajenas, le reprendió:

—De todas formas tío, sea cual sea tu predisposición al amor, hay cosas que no se preguntan.

—Y otras que tampoco se insinúan, sobrina —terció Arístides enfurruñado por las palabras de Gema delante del joven belga—. A fin de cuentas no sé a qué viene tanto misterio. ¿No puedo tener interés en saber por qué un señor de Ostende decidió venir a vivir a Barcelona, sin que se me echen en cara ciertos asuntos de los que no me apetece hablar? Soy un hombre curioso pero también muy reservado con mi vida privada...

—¡Ves cómo tengo razón! Tú mismo acabas de dejar claro cómo te enojaría que un desconocido te preguntara las causas

por las que has dejado Burgos para terminar viviendo en Barcelona, y en cambio tú puedes cuestionar lo que se te antoje.

—¡Bah! No ves que este chico no ha dado muestras de haberse ofendido —entonces Arístides bebió un sorbo de café, se secó los labios con la servilleta de papel, y con toda tranquilidad añadió—: No quiero discutir contigo por semejante tontería. Es normal que ahora juzgues el amor como una aventura imprescindible en la vida, pero si tuvieras mi edad verías las cosas de otra manera...

—¡Uf! ¡Uf! Tío —le interrumpió—. Siempre con la misma historia: tu edad, tu generación...

El ex comisario empezaba a ponerse nervioso, y aunque Gema era su ojito derecho, se sentía molesto, y no pudo abstenerse de soltarle:

—Verás, cuando los de mi generación sentíamos ese vacío en el pecho que siempre suele acompañar a un desengaño amoroso, guardábamos silencio. Ten en cuenta que en casa no se podía hablar de estos asuntos y fuera nadie lo hacía, así que nos entregábamos a nuestras obligaciones y dejábamos que las desgracias nos consumieran por dentro sin hacer ningún alarde de tragedia.

—A esto se le llama opresión —protestó Gema.

—No exageres. Con esto solo he pretendido decirte que no somos tan débiles y no nos parecemos en nada a los hombres actuales, que no aceptan la frustración, y mucho menos el desamor, y ante cualquier adversidad de la vida, por mínima que sea, son capaces de matar a su pareja para luego tirarse por la ventana —y se volvió, a fin de llamar de nuevo a Joeri—: Joven, creo que todavía tengo apetito. ¿Puede usted servirme una ración de aquella tarta tan vistosa que tiene allí en la esquina? —le indicó señalando el final del mostrador.

—Por supuesto, señor —el aludido se acercó y preguntó—:
¿La de chocolate y arándanos o la de queso?

—La de chocolate.

—¿Deseará otro café?

—No, esta vez un café con leche, gracias.

—De nada.

—¡Eso! —replicó Gema desdeñosamente cuando Joeri ya se había alejado—. ¡Hínchate de azúcar! Y mientras tanto, mamá, no hace más que preocuparse por tu diabetes.

Arístides hizo caso omiso a las protestas de la chica y volvió a retomar el hilo de la conversación:

—Como te decía, veo con amargura que los hombres de mi generación hemos sido sustituidos por una pandilla de gamberros con melenas andrajosas llenas de rastas, que seducen a muchachas casquivanas, irreflexivas y superficiales, que los idolatran como si fueran seres superiores.

—¡Pero bueno! —le interrumpió Gema de mal talante—. ¡Esto son comentarios machistas!

—De eso nada —respondió tranquilamente Arístides—, porque son individuos disolutos a los que el calificativo de machista les ennoblecería demasiado.

—¡Por favor! ¡¿Me estás queriendo decir que por llevar melenas y rastas son unos libertinos sinvergüenzas?!

—Yo no he dicho eso.

—Claro que lo has dicho. Eso y mucho más.

—No exactamente —volvió a protestar el ex comisario.

Y azorada, la joven sentenció:

—Bueno, en realidad me da igual lo que pienses, pues tienes que tener claro que si antes ser hombre era un privilegio, los tiempos han cambiado y llegará el día en que empezará a convertirse en una carga difícil de soportar.

—Eres como tu madre —protestó Arístides—, siempre anteponiéndote a los acontecimientos. ¡Afortunadamente ese día no llegará nunca!

Por suerte para Gema, Bimba se abalanzó encima del ex comisario, a fin de jugar con él, y de paso comprobar si Arístides sacaba del bolsillo de su chaquetón aquel pedazo de pan que tan a menudo le daba, y que la perrita tanto ansiaba. Y así fue. Entonces el ex policía aprovechó que la tensión empezaba a rebajarse para recordar a su sobrina:

—No olvides que esta noche me tienes que acompañar al Liceo.

—¡Ah! ¡Sí! Vamos a ver *Tosca*, ¿verdad?

—Sí.

—¿A qué hora vendrás a buscarme?

—A las seis.

—¿Cuándo empieza la función?

—A las siete y media.

—¡Qué pronto!

—Lo siento pero así es.

—De acuerdo.

—No vayas a demorarte. Procura estar lista, ya sabes que me gusta ir con tiempo.

—Lo estaré.

II

El obispo Giacomo Moranti, eminente teólogo, vicario de Santa María la Maggiori de Roma, se encontraba en una de las salas del piso noble del Archivo Secreto Vaticano. Varios documentos de notable antigüedad esperaban encima de la mesa para ser examinados. Pero justo al acabar de desanudar la cinta de un legajo de pergaminos que evidenciaba el paso de los años, y empezar a leer:

«En el devenir de los siglos la religión católica...».

Uno de los archivistas entró como una exhalación y le susurró casi al oído:

—Siento interrumpirle, ilustrísima, pero debe abandonar el archivo...

—¿Por qué razón? —le preguntó Moranti con mirada interrogadora mientras consultaba el reloj.

—El papa ha muerto, ilustrísima —contestó el hombre con solemnidad.

Giacomo sintió una fuerte sacudida en la cabeza y se levantó bruscamente de su asiento para volver a sentarse un instante después. No podía creerlo. El pontífice todavía era muy joven, practicaba varios deportes, y a pesar de las obligaciones de su cargo, llevaba una vida sana. Aquella misma mañana había hablado con él y nada le hizo pensar que estuviera enfermo, y mucho menos a punto de morir.

El archivero, al ver que al obispo consternado, con el rostro entristecido y sin manifestar la más leve intención de levantarse, le apremió:

—Os lo ruego, ilustrísima, debéis marcharos. Hemos de cerrar el Archivo, el luto no tardará en empezar.

—Lo comprendo —respondió Morantti con voz áspera e intentando agilizar añadió—: Ahora mismo me voy.

Y sin demorar más la espera del empleado recogió sus papeles y abandonó el lugar. Justo al salir, cuando se disponía a cruzar la Via delle Fondamenta, escuchó cómo la campana papal anunciaba la muerte de Julius XVIII.

*

«El papa ha muerto», informó el prefecto de la casa pontificia. Todos los presentes se arrodillaron y empezaron a rezar. Cubrieron el rostro del difunto con un pañuelo de hilo y, por riguroso orden jerárquico, se fueron acercando al cadáver para besarle la mano. Los canónigos encendieron cuatro cirios al pie de la cama, colocaron un acetre y un hisopo con agua bendita junto al lecho mortuorio, para la celebración de los responsos. El cardenal camarlengo entró en la alcoba, iba vestido con un talar de color violeta en señal de luto, y escoltado por un destacamento de la Guardia Suiza con alabardas; después del deceso papal se había convertido en la máxima autoridad vaticana y debía cerciorarse oficialmente de la muerte del pontífice. Para ello, le retiró el pañuelo que le cubría el rostro, sacó un martillo de plata y mango de marfil, igual al que figuraba en el escudo de armas pontificio, y le golpeó tres veces la frente mientras llamaba al difunto por su nombre de pila: «¡Giuseppe! ¡Giuseppe! ¡Giuseppe!». Al no obtener respuesta, el canciller de la cámara apostólica rellenó el acta de

defunción del santo padre. Se le retiró del dedo anular el anillo del pescador, símbolo del poder papal, para ser destruido junto a su sello de plomo en presencia de todos los cardenales. La campana pontificia anunció la muerte de Julius XVIII. El camarlengo lo comunicó al vicario de Roma, que inmediatamente transmitió la noticia al pueblo. Centenares de personas acudieron a la Plaza de San Pedro, y arrodilladas rezaron por el alma del papa. El Portone di Bronzo que da acceso al palacio episcopal quedó entreabierto, y las campanas de la basílica doblaron a difuntos. Eran las 19:30 h.

